

Amat, el traductor

Cuando Rémi Brague se entretuvo en pensar qué era eso de Europa y en qué consistía su especificidad, planteó, en un ensayo deslumbrante, Europa, la vía romana, que, más que una identidad coherente y articulada, lo que nos definía era, sobre todo, una cultura de la traducción. A través de la traducción, como concepto, Brague destacaba algo esencial de la cultura europea: la capacidad de asumir como propias las aportaciones llegadas desde fuera de Europa. Y tal vez tenía razón: porque lo mejor de nosotros, como cultura, ha estado vinculado a la traducción, a la incorporación de lo ajeno, convertido gracias a la traducción en propio. Y es que la traducción es, por encima de todo, una actitud ética, estética y política. Por eso es hoy, todavía, la fórmula más radical de la cultura (una cultura posible) de la acogida y la hospitalidad. Traducir es hacer nuestro un mundo que, antes de la traducción, no lo es. Traducir es acoger, apropiarse y, a la vez, interiorizar. Traducir es dejar de ser un poco nosotros mismos para, en cierto sentido, ser un poco lo otro, lo que no somos pero que, traducido, es ya parte indisociable de nosotros mismos.

Hace más de dos años, Frederic Amat me habló, con un entusiasmo desbordado, contagioso, acerca de un encargo que le habían hecho desde Círculo de Lectores: ilustrar una edición, en tres volúmenes, de -Las mil y una noches, ese clásico inagotable que debe- ría figurar, casi por decreto, en todas las casas. El resultado, después de un trabajo absorbente y frenético, fueron más de 400 ilustraciones para un texto ya atravesado, por su parte, por mil voces. Amat las llama iluminaciones y, con ellas, pretendía, modestamente, acompañar el viaje del lector. Pero son más, mucho más: una auténtica traducción en imágenes, una apropiación plástica de un universo literario formado por miles de mundos, una auténtica colección de momentos fulgurantes, en las antípodas de todos los tópicos orientalistas con los que el texto se ha acostumbrado a leer desde Occidente. Y ahí están, esperándonos, peces disecados, pétalos de flores, ristras de perlas, plumas de un pavo real, cortezas envejecidas, rosas de terciopelo... Casi como un despertar deslumbrante a un mundo de sensaciones que va desde la India hasta las montañas del norte de África, pasando por Persia.

Nada que ver con una simple ilustración de un texto. Más bien, la esencia de la traducción: ¿cómo contar en imágenes los mundos de Las mil y una noches? ¿Cómo decir, sin perder, pero de otro modo, lo que nos dice el texto? El trabajo de Frederic Amat tiene, por ello, la ambición de lo intenso, pues el suyo es un viaje al corazón de ese libro de libros, un pulso a la imaginación y un paseo por los sueños.

Amat, the translator

When Rémi Brague got distracted with thinking of what was that matter of Europe and what did the specificity of Europe involved, he proposed in a stunning essay, 'Europa, la vía romana', that rather than being a consistent and articulated identity we were above all defined as a culture of translation. Through translation as a concept, Brague emphasizes something essential of European culture: The capacity of adopting the contributions from outside Europe and make them their own. And perhaps he was right: Because the best part of us as a culture has been linked to translation, to the incorporation of the alien elements, making them ours via translation. Translation is above all a question of ethics, aesthetics and politics. It is still today the most radical form of the acceptance and hospitality culture (a possible culture). Translating is to take over a world that prior to translation was not ours. Translating is to welcome, to appropriate and to internalize at once. Translating is ceasing to be less 'ourselves' to be in a certain way more the other, what we are not, but after translation, is an inseparable part from us.

It was more than two years ago, when Frederic Amat told me with infectious delight about an assignment he received from the *Círculo de Lectores* (a sort of readers' society or club): Illustrating one edition, in three volumes of *The Thousand and One Nights*, that inexhaustible classic that must be present almost by decree in all homes. The result after an absorbing and frantic job, were more than 400 illustrations for a text already crossed in its turn by more than one thousand voices. Amat call them illuminations and he modestly intended to accompany the journey of the reader with them. But they are much more than that: a real translation into images, a plastic appropriation of a literary universe formed by thousands of worlds, an authentic collection of sublime moments, in the antipodes of all eastern platitudes in which the book has been frequently read in the West. And there, we find waiting for us, stuffed fishes, flower petals, strings of pearls, feathers of a peacock, distressed barks, velvet roses... Almost like a dazzling awakening to a world of sensations that goes from India up to the mountains of North Africa passing through Persia. It has nothing to do with a simple illustration of a text. It is rather the essence of the translation: How to tell the worlds of *The Thousand and One Nights* in images? How to tell in a different way what the text says without missing a thing? Therefore, Frederic Amat's work has the ambition of the intense, yet his trip is a trip to the heart of that book of books, a challenge to the imagination and a walk through the dreams.